

III

Sí; durante los tres días que siguieron al del entierro de mi pobre Elisa, yo me sostuve únicamente bebiendo cerveza y más cerveza. Yo me volvía borracho, tanto, que al llegar a París y

meterme de nuevo en mi oficina, donde por sí tenía poco con mi horrible tristeza, hubo el jefe de sermonearme por el día de más que me había tomado, hasta el punto de que lo mandé a paseo; al volver, según decía, a París, donde la cerveza es mala, me agarré al ajenjo, el ajenjo de la tarde y de la noche. La mañana y las primeras horas de la tarde consagrébalas a la oficina, de donde no me habían despedido a pesar de mi algarada, teniendo yo además la atención para mi pobre madre, y al mismo tiempo para mi jefe la astucia, de dejarlos en la ignorancia de mi nueva y deplorable costumbre.

¡Oh, aquel ajenjo! ¡Qué horror cuando pienso en ello desde entonces y desde un después no lejano, lo bastante lejano para mi dignidad, para mi salud, y todavía más para mi dignidad, cuando pienso en ello, verdaderamente!

Un solo rasgo de la atroz bruja verde —¿qué imbécil la ha magnificado convirtiéndola en hada, en Musa verde?—, un rasgo más bien cómico rodaría mientras llegan farsas más serias.

Tenía yo una llave del piso de Batignolles, donde seguíamos viviendo mi madre y yo, después de la muerte de mi padre, y me aprovechaba de esa circunstancia para volver por las noches a la hora que quería, mediante embustes gordos como el puño que mi madre no ponía en

duda..., o los ponía, pero sobre los cuales cerraba... difícil y dolorosamente, me temo... hoy sólo ¡ay! los ojos. ¿Dónde pasaba yo las noches? No siempre en lugares recomendables. Vagas "beldades" solían encadenarme con "lazos de flores", cuando no me pasaba las horas muertas en aquella "casa de la vieja", descrita tan magistralmente por Mendes y de la que también se hablará aquí en tiempo y lugar oportunos, o me iba puramente, en unión de otros amigos, entre ellos el tan llorado Carlos Cros, a engolfarme en los *cabarets* nocturnos, donde el ajenjo corría a raudales de Estigia y Cocito.

Tanto, que un buen día, o mejor dicho, un mal día, cuando yo, según mi costumbre, habíame escurrido de ocultis en mi alcoba, separada por un pasillo de la de mi madre, y desnudándome en silencio y acostándome luego, con la intención de disfrutar de una o dos horas de un descanso... injusto, aunque merecido, filantrópicamente hablando, dormía ya a pierna suelta, a eso de las nueve, hora a la que debía hacer mis preparativos para dirigirme a la oficina, entró mi madre en mi cuarto, según tenía costumbre de hacerlo para despertarme.

La pobre lanzó una exclamación, en la que se traslucían ganas de reír, y me dijo, porque el ruido de la puerta al abrirse y la referida exclamación me habían despabilado:

C O N F E S I O N E S

—¡Pero, por Dios, Pablo!, ¿cómo estás así? Por lo menos anoche te has vuelto a achispar, ¡otra vez!

Aquel otra vez me ofendió. Y respondí con acritud.

—¿A qué viene eso de otra vez? Yo no bebo nunca, y anoche menos que nunca. Comí en familia, en casa de mi compañero Fulano de Tal, donde sólo bebí vino aguado, y café sin coñac a los postres, y volví a casa un poco tarde, porque mi amigo vive lejos de aquí; pero me acosté tranquilamente, según puedes ver.

Mi madre no replicó; pero fué y descolgó del pestillo de uno de los balcones un espejito de mano que yo empleaba para afeitarme, y vino y me lo puso delante de los ojos.

¡Yo había dormido con la chistera encasquetada!

Lo repito todo abochornado; más adelante tendré que referir otros y otros muchos absurdos —y peor— debidos al abuso de esa cosa terrible, la bebida, y dentro de la bebida a ese abuso mismo, fuente de locura y de crimen, de idiotismo y de afrenta, que los Gobiernos debieran, si no suprimir —y después de todo, ¿por qué no?—, por lo menos recargar terriblemente de tributos e impuestos.

¡El ajenjo!